

fuerzas hechos por la humanidad bajo la dirección de la Iglesia, para poner de acuerdo sobre la tierra lo natural y lo sobrenatural. ⁽¹⁾ Por ella ha tenido nacimiento esa severa disciplina que dulcificó, sin destruirlas, la fuerza y la severidad de aquella época. De ella han salido ese gusto exquisito, esa armonía y esa homogeneidad, que parecen innatos en la Edad Media. En las prescripciones del Estado, en las ordenanzas municipales, en las corporaciones de artes y oficios, en las instituciones sociales, en la escolástica, en la arquitectura, en la organización de las solemnidades, en la disposición de las habitaciones, en todas partes, se manifiesta un arte en el que cada parte está perfectamente de acuerdo con el conjunto, y una notable habilidad para dar realce á los detalles, y producir el efecto por el todo, arte que parece casi natural y necesario á las generaciones de aquella época, pero que, á pesar de todos nuestros esfuerzos, no podemos ya alcanzar, porque no poseemos aquel fuego interior, aquel cemento que lo unía todo; la subordinación á lo sobrenatural.

6. La vida religiosa en la Edad Media.—Pero claro es que donde en mayor grado se manifiesta lo sobrenatural es en el dominio de la vida religiosa. ⁽²⁾ Toda la manera de ser religiosa de la Edad Media puede resumirse en estos dos principios: «No confíes en ti mismo, sino solamente en Dios.» «Abandónate á Dios, pero no dejes que todo lo haga Él; haz todo lo que puedas, busca auxilio donde puedas encontrarlo; espera más de la comunidad que de ti mismo, y considera todas las cosas sólo como medios de acercarte á Aquél cuya gracia es tu única salvación, y cuya posesión, tu último fin.» ⁽³⁾

Aquella época viril estaba profundamente penetrada de aquellas palabras de la *Imitación de Cristo*: «No es obra de un día ni juego de niños.» ⁽⁴⁾ «Comienza muy temprana-

(1) Gauthier, *Comment il faut juger le moyen âge?* 113.

(2) S. Hasak, *Der christliche Glaube des deutschen Volkes beim Schlusse des Mittelalters.*

(3) Cf. más arriba, X, 8.

(4) *Imit. Christi*, III, 32, 2.

no, haz lo que puedas, marcha siempre adelante, no te detengas nunca. Si has cometido una falta, repárala. Haz lo que has descuidado hacer.» Principios eran estos completamente naturales en aquella época.

Nadie creía ⁽¹⁾ que, con una vana buena voluntad, y con una confianza inactiva en Dios, se pudiese conquistar el reino del cielo, el cual, según las propias palabras del Salvador, no puede conquistarse más que con la violencia. ⁽²⁾ «¡Oh hombre,—dice Reinmaro de Zweter—escucha mi consejo; te producirá bien, si quieres seguirlo. Piensa siempre en la manera de conquistar la vida eterna. Ante todo, ama á Dios; aprende después los diez mandamientos, que han sido dados á la cristiandad para que le sirvan de ayuda. Si así obras, serás feliz, aquí y allá.» ⁽³⁾ «No basta desear, es preciso obrar. Si bastasen los deseos, todos seríamos perfectos y dichosos. Todos tenemos un común deseo, el de que Dios nos dé una buena muerte exenta de todo peligro. El deseo es bueno, pero que sea bueno el fin, depende únicamente de la vida que uno haya llevado. Si Dios lo quisiese, ciertamente lo podría; pero entonces sería demasiado fácil conquistar la felicidad sin una buena vida y sin buenas obras. Una buena vida conduce á un buen fin, y una mala vida, á un mal fin. Y siempre será así. Llegará un día, el del juicio último, en que el alma sabrá donde debe ir según sus méritos.» ⁽⁴⁾

Es decir, que el hombre es por sí mismo autor de su destino aquí bajo, y aun más en la eternidad. Jamás ocurrirá la menor deficiencia por parte de Dios. ¡Qué no la haya tampoco por parte del hombre! Pero si la hubiese, que haga penitencia, mientras esté á tiempo. Por eso se dice de nuevo: «¡Oh hombre, ten piedad de tí; todavía vives los días de la gracia; todavía puede Dios tener misericordia

(1) Cf. Warnung, 2710 y sig., 2799 y sig.

(2) Matth., XI, 12. Luc., XVI, 16.

(3) Reimar von Zweter, 2, 191 (Hagen, *Minnes.*, II, 211). Marner, 16, 42 (Hagen, II, 257).

(4) Reinmar von Zweter, 2, 205 (Hagen, *Minnes.*, II, 214).

de ti, si quieres arrepentirte de tus pecados. Jamás debes desesperar de Él.»⁽¹⁾

Pero aquellos hombres que toman en serio sus deberes relativos á la práctica del bien y á la expiación del mal, buscan siempre medios y personas que puedan facilitarles la realización de tan difíciles empresas. La fe que, en aquella época, dominaba incontestablemente á los espíritus, siquiera las acciones no respondiesen siempre á ellas, muestra precisamente con esto cuánto se ha preocupado de esta necesidad invencible del corazón, cuán natural es, en medio de toda su sobrenaturalidad, cuán exactamente conoce al hombre, cuán condescendiente es con su debilidad, aunque exija cosas que están por encima de él. Pero los hombres de aquella época sabían también abrazar con toda su alma este aspecto de la religión, precisamente porque ponían vigorosamente manos á la obra cuando se trataba de su salvación. El que nada hace, se basta fácilmente á sí mismo, pero el que comienza una obra seria, no puede prescindir de auxilio. De aquí que nuestros padres, —como, por otra parte, todos los que están completamente convencidos de la necesidad de trabajar en la obra de su salvación—encontrasen tan gran consuelo en la constitución fundamental de la vida católica, en la comunidad con la Iglesia visible y en el apoyo que les procuraba medios visibles de salvación. Del mismo modo que el caballero formal, dispuesto al combate, recibe con gratitud á todo compañero de armas que le merece confianza, y todo medio seguro de combate, así también aquella fuerte raza adhirióse de todo corazón á las doctrinas llenas de consuelo del Cristianismo, de la autoridad de la Iglesia, de los Sacramentos y de los Sacramentales, de la comunión de los Santos, es decir, de su veneración, de su intercesión, de la participación en sus méritos. No era ciertamente la pereza ni la indiferencia lo que les hacía tan querido este artículo de fe. En aquella época, las almas tibias, indiferentes, no resueltas á arriesgarlo todo, concedían

(1) Reinmar von Zweter, 1, 41 (Hagen, *Minnes.*, II, 177).

tan poca importancia á aquel sostén como las de hoy día. Pero los que luchaban como verdaderos caballeros, sabían apreciar mejor el valor de aquellos medios de auxilio, y así, con esta intención, se servían de la Iglesia y de su mediación, pues sabían que sólo Dios da la gracia en la cual se funda toda fuerza.⁽¹⁾ «En todo el mundo no hay otro Salvador que Nuestro Señor Jesucristo.»⁽²⁾

Jamás olvidaban lo que les decía el hermoso cántico de la indulgencia: «Para proteger á la humanidad y serle útil, Jesucristo le ha dejado el testamento de las siete palabras y su muerte dolorosa y sangrienta. El martirio y su roja sangre dan al pecador gran aliento, pues en ellos bebe indulgencia y protección.»⁽³⁾

Sin embargo, adheríanse llenos de confianza á la Iglesia, fundada por Dios para que sea nuestra mediadora, y á sus servidores. Si veían defectos en éstos, los deploraban, pero no por eso dejaban de obedecer á Dios ni reclamaban un medio de salvación diferente del que Dios nos ha dado. Si no les era posible respetar las personas, respetaban, en su fe, el poder que Dios les había confiado.⁽⁴⁾ Sabían que, puesto que Dios había puesto entre sus manos los siete Sacramentos,⁽⁵⁾ no existía otro medio para pasar de esta vida á la verdadera herencia.⁽⁶⁾ Y como su único objeto consistía en amar á Dios y creer en él de todo corazón, buscábanle allí donde debe ser buscado según sus prescripciones.⁽⁷⁾ Con el mismo fin, recurrían á la intercesión de los Santos. Consideraban siempre á éstos como modelos, pero no como si de ellos esperasen su salvación, no como si creyesen poder ahorrarse sus propios esfuerzos por

(1) Ugo de Trimberg, *Renner* 2827, 2837, s.

(2) Wackernagel, *Das deutsche Kirchenlied*, II, 466. n. 614, 7.

(3) Wackernagel, II, 283 y sig. n. 440, 6.

(4) Winsbeke, 6, 6 y sig.; 7, 1 y sig. (Haupt). Werner, 1, 1, 2 (Hagen, *Minnesinger*, III, 11). Boppe, 1, 15 (*ibid.*, II, 380 y sig.) Meisner, 1, 7 (*ibid.*, III, 89).

(5) Hugo de Trimberg, *Renner*, 2835; cf. 17614, 17734. Wackernagel, II, 514, n. 675, 7.

(6) Seifried Helbling, 2, 841 y sig.

(7) Hugo de Trimberg, *Renner*, 14460 y sig.

intercesión de aquéllos. Ni siquiera se les ocurría esto cuando invocaban á la Reina de todos los Santos, la Madre del Salvador. ⁽¹⁾ Veían en ella el escudo de paz de los pecadores y de la cristiandad, ⁽²⁾ el sendero y la vía que conduce al cielo, ⁽³⁾ el modelo en el cual parecían que se reflejaba, como en un espejo, todo lo que nos dicen las Sagradas Escrituras. ⁽⁴⁾

En manera alguna querían ahorrarse el trabajo de orar en lo que personalmente les concernía. Pedían únicamente á la Virgen que violentase el corazón de su Hijo en favor de sus devotos, á causa del pecho que le había ama-

(1) Si los que pretenden que, en la Edad Media, la Virgen y los Santos ocuparon el puesto de Cristo tuviesen la bondad de ofrecernos las pruebas, nos mostraríamos agradecidos á ellos por poder así aumentar nuestra ciencia. Casi siempre hallamos muy poco de Mariología en los teólogos. Rainer en su *Panteología*, no hace mención alguna de la Virgen María. Sto. Tomás es muy breve sobre este punto, y lo mismo los demás escolásticos que conocemos. Los que más se extienden sobre esta cuestión son Alberto Magno y Antonino. Mone ha reunido en su obra 320 himnos sobre Dios (y los ángeles), 300 sobre la Virgen y 595 sobre los Santos. Procede esta diferencia de que casi siempre ofrece himnos compuestos para iglesias particulares, que tenían un Santo por patrono, en tanto que los otros se cantaban en todas partes. Suponer que Dios quedaba en segundo lugar, equivaldría á afirmar que un país no estima á su príncipe, porque sólo celebra una vez el aniversario de su nacimiento, en tanto que diariamente se celebran miles de fiestas de esta especie. Existían más himnos con carácter general sobre Dios, sobre Jesucristo y sobre su vida, que sobre la Virgen. Wackernagel, que tan malhumorado se muestra de que Cristo sea reemplazado por los Santos, tiene 612 cantos sobre Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo (sin contar los numerosos cánticos de penitencia, de procesiones, de meditaciones), y solamente 285 sobre la Virgen y los Santos. En San Bernardo hay muy pocos sermones referentes á la Santísima Virgen en comparación de los innumerables relativos á Jesucristo. De 75 sermones de Tomás de Kempis, sólo 9 se refieren á la Virgen y á los Santos. En el *index* de la *Bibliotheca maxima*, que constituye un infolio, los pasajes relativos á Jesucristo ocupan 58 columnas en 63 párrafos, y los de la Virgen sólo 8 en 15 párrafos. A esto hay, que añadir 37 columnas sobre Dios, 6 sobre la Santísima Trinidad y 7 sobre el Espíritu Santo. En el *index* de Hugo de S. Charo, que comprende 660 columnas, pertenecen 2 de éstas á la Virgen, 22 á Jesucristo y 14 á Dios. En el *index* gigantesco del Tostado, que forma dos volúmenes en folio, hay 35 columnas que se refieren á Jesucristo, 22 á Dios y sólo 5 á la Virgen Santísima.

(2) Enrique de Meissen (Frauenlob) *Spruch*, 290, 5 y sig. (Ettmüller, 166). Marner, 15, 5 (Hagen, II, 247). Corr. v. Würzb., *Ave Maria*, 26 (*ibid.*, III, 341). Poppe, 3 (*ibid.*, III, 405).

(3) Sigheher, 1, 3 (Hagen, *Minnesinger*, II, 360; cf. IV, 765).

(4) Meissner, 2 (Hagen, *Minnes.*, II, 224).

mantado y de las heridas que había recibido por nosotros.» ⁽¹⁾ «Bien sabemos —decían— y esto nos ha sido repetido con mucha frecuencia por curas sabios y predicadores, que Dios nos ha rescatado con sus adorables heridas; pero precisamente porque ponemos toda nuestra esperanza en éstas, y porque no podremos jamás recibir de su sangre lo suficiente, nos dirigimos á María, á fin de que nos dé de ella más de lo que podemos tomar nosotros mismos. El amor de su Hijo no puede dejar de atender ninguno de sus ruegos. De aquí que le digamos: ⁽²⁾ «Jamás te ha negado nada tu hijo; ⁽³⁾ tu sí es su sí, tu no, su no. ⁽⁴⁾ Tu querido Hijo es tan bueno, que fácilmente te lo concede todo, y de buen grado hace lo que le pide un simple deseo.» ⁽⁵⁾

Con esta mezcla inimitable de fuerza y de ternura propias de la Edad Media, Matilde nos representa á María, en un poema lleno de facundia y profundidad, como la esposa de la Santísima Trinidad, como Madre del Hijo de Dios, y por el mismo hecho, Madre de los huérfanos, Madre de los hombres, y nos dice que, como tal, su pecho está lleno de leche pura de la misericordia divina. La espada de dolor que traspasó el alma del Hijo, atravesó el seno y el corazón de la Madre. ⁽⁶⁾ Pero cuando el alma nació de las llagas abiertas de su Hijo, era todavía débil y sin sostén. Así es como la Madre de Dios debió ser su alimento, prestándose jovialmente á este ministerio. Así fué como, en otro tiempo, lactaste ¡oh Virgen! á los Apóstoles con una doctrina materna y una oración enérgica. Así fué como lactaste á los mártires en sus luchas con una fe fuerte, como protegiste á los confesores, como diste á las vírgenes la castidad, á las viudas la constancia, á los persegui-

(1) Hinnenberger, 8, 9 (Hagen, *Minnes.*, III, 40).

(2) Stolle, 1, 19 (Hagen, *Minnes.*, III, 7).

(3) Marner, 14, 2 (Hagen, II, 243); 15, 14 (II, 250).

(4) Goffredo de Strasburgo, 42, 11 (Haupt, *Zeitschrift für deutsches Alterthum*, IV, 529).

(5) Damen, 1, 24 (Hagen, III, 161. Wackernagel, II, 212, n. 351, 9).

(6) Rumeslant, 1, 4 (Hagen, II, 367). Corr. v. Würzb., 34, 3 (*ibid.*, II, 330).

dos la dulzura, y á los pecadores el arrepentimiento. ¡Oh mujer, amamántanos aún ahora, porque tu pecho está tan lleno, que te causaría grandes dolores, si no quisieses alimentarnos. Amamántanos, pues, hasta el último día, porque la fuente no deberá cegarse hasta que los hijos de Dios, tus hijos, sean quitados del pecho de su Madre, hasta que se conviertan en grandes y fuertes.»⁽¹⁾

¡Cómo debemos avergonzarnos, en la frialdad de nuestra inteligencia, que nada comprende, de no ser capaces de concebir pensamientos tan profundos como los de esta sencilla religiosa! Lamentamos no poder hallar en nosotros ni amor, ni calor, ni fuerza, y deploramos que Jesucristo se nos haya hecho extraño. Pero ¿por qué no seguimos ya las vías que conducen tan fácilmente á Él? Nos hace constantemente sufrir ese mezquino temor de que Dios puede quedarse corto con nosotros. Es esto la prueba más segura de que sabemos demasiado cuán pequeño es el lugar que ocupa en nuestro corazón el amor de Dios. ¡Cuán superiores nos eran aquellas jóvenes que, en otro tiempo, cantaban durante el mes de Mayo el sencillo cántico siguiente!: «El Mayo de que quiero hablar es el dulce Jesús. Mientras vivió en la tierra, sufrió muchas burlas. Pues bien, vamos hacia la cruz y veamos el Mayo. Es la flor llena de amor que la Esclava del Señor nos ha dado. Sobre las ramas de esta cruz hay vino rojo. Que se dé á los huéspedes amigos; pero deben ser puros. Las jóvenes se sientan á la mesa, los ángeles entonan dulces cánticos. El Espíritu Santo es el cillero y María el escanciador.»⁽²⁾ Así era como, en todas partes y siempre, su pensamiento se dirigía á Aquél que se cierce ante su espíritu, como su único todo, como el Señor imperial, el general imperial, el dispensador de gracias imperiales, el emperador de sus almas. Cuando combaten y luchan, las necesidades de la batalla les dicen cuánta necesidad tienen de este jefe pode-

(1) Matilde de Magdeburgo, 1, 22.

(2) Wackernagel, II, 636, n. 825; cf. II, 634. Cf. Hoffmann von Fallersleben, *Gesch. d. deutschen Kirchenlied*, (3) 122 y sig.

roso: «¿Quién puede emprender bien alguno sin ti? ¿Qué corazón podría amarte sin ti? Señor, ¿no enviarás á Aquél que todo lo da, el Espíritu Santo, á aquel que quiere perseverar y ser perfecto?»⁽¹⁾

Cuando hacen penitencia, el dolor que, no obstante sus esfuerzos, no podrían borrar, y la grandeza de su pecado, los impulsa enérgicamente hacia Aquél que ha satisfecho por ellos y que les ha quitado la mayor parte de su falta.⁽²⁾ «Si el pecador debiese pagar lo que debe, sin la gracia, Señor, jamás lo lograría. Sin embargo, sé que tú no eres implacable hasta el punto de reclamar con dureza todo lo que te es debido.»⁽³⁾

Cuando el arrepentimiento los hace verter lágrimas, se acuerdan de Aquél que, en otro tiempo, hacía brotar agua fresca de la roca en el desierto, y de Aquél, de cuyo costado brotó, en la cruz, sangre y agua para ellos.⁽⁴⁾ Cuando se agotan en obras de caridad y en sacrificios, no son sus obras las que les inspiran confianza, sino Jesús, el consuelo de los pecadores,⁽⁵⁾ y la misericordia de Dios, que escucha favorablemente sus ruegos antes que se le invoque,⁽⁶⁾ «porque sólo el Señor Jesucristo nos ha traído la paz con su muerte, y para darnos de ella la certeza y apartar de nosotros la cólera del Padre, le muestra sus cinco sagradas llagas, á fin de que se muestre con nosotros clemente y misericordioso.» Y cuando se adhieren á la Iglesia y á los medios de salvación, cuando invocan á los Santos, no son para ellos más que naves de que se sirven para bogar por las olas impetuosas del mar del mundo hacia la cruz del Salvador, único remedio á la miseria del peca-

(1) Reinmar von Zweter, 2, 10 (Hagen, *Minnes.*, II, 179. Wackernagel, II, 78, n. 116).

(2) Stolle, 1, 6 (Hagen, *Minnes.*, III, 4. Wackernagel, II, 92, n. 160). Cf. Enrico von Meissen (Frauenlob) *Spruch*, 352, 1 y sig. (Ettmüller 202). Marner, 15, 12 (Hagen, II, 249. Wackernagel, II, 102, n. 186). Boppe, 1, 13 (Hagen, II, 300).

(3) Marner, 14, 11 (Hagen, II, 244. Wackernagel, II, 97, n. 176).

(4) *Ibid.*, 14, 1, 4 (Hagen, *Minnesinger*, II, 242 y sig.). Corr. v. Würzb., *ibid.*, II, 310 y sig.).

(5) Damen, 3, 6 (Hagen, III, 163. Wackern., II, 214, n. 353, n. 2).

(6) Hasat, *Die Himmelstrasse*, 230, 232.

do. «Dos obstáculos, tumbas seguras, han atajado por siempre jamás el curso de la vida; de un lado, la cólera de Dios, muralla terrible, y del otro, un precipicio cortado á pico, la caída de Adán. Los mayores navíos se han estrellado contra ellos; los marineros se han ahogado sin socorro. Nadie pensaba ya en la salvación y en la dicha. Pero entonces la cruz de Jesús convirtiéndose en puente salvador. Que se eleven ahora cuanto quieran, cortadas á pico, las riberas; nosotros trepamos sobre el árbol de la cruz y llegamos á nuestra verdadera patria.»⁽¹⁾

Imposible abrigar en nuestro corazón una confianza mayor en nuestro Señor y Salvador que la de aquella generación. «Si quisieses—decía una religiosa de la Edad Media, con una certeza indescriptible de la salvación—si quisieras, oh Padre eterno, pasar el cerrojo de la justicia tras la puerta del cielo, tan fuertemente que los pecadores no pudiesen ya entrar en él, me quejaría á Jesucristo, tu querido Hijo, que tiene las llaves de tu imperio con tu poder todopoderoso entre las manos de su humanidad.»⁽²⁾

De aquí que, en todas sus miserias corporales y espirituales, se refugiaban en Jesucristo, su amor y su esperanza. Pero desde que empiezan á hablar de Él, experimentan el mismo sentimiento que Dante cuando describe á los bienaventurados que arden y empiezan á lanzar chispas, desde el punto y hora en que un movimiento jovial vibra en su alma. Bate su corazón, corren sus palabras, sus sentimientos difunden un aroma que penetra deliciosamente nuestros áridos corazones. En Él se sienten seguros y fuertes, en Él encuentran la paz, porque le están unidos. Aquí se encuentra textualmente realizado lo que quiere el Apóstol, á saber, que el cristiano se revista de Jesucristo.⁽³⁾ Reconocen como acción divina y como virtud santa de Dios, que en ellos brilla, el bien que hacen, y cada uno de sus piadosos deseos. Los sufrimientos que experimentan

(1) Enrico von Meissen (Frauenlob), *Kreuzesleich*, 20, 1 y sig.

(2) Matilde de Magdeburgo, 6, 16, pág. 344.

(3) Rom., 13, 14. Gal., 3, 27. Col., 3, 10.

con alegría, á causa de Jesucristo, son para ellos los propios sentimientos del Salvador, que producen en ellos sus saludables efectos. Los efectos de la gracia, que brotan en rayos luminosos de la eterna divinidad, y los esfuerzos y sacrificios, que para lograr aquéllos, los entusiasman, son, según su modo de ver, miradas que el Dios amoroso y el alma que sabe amar se envían mutuamente. Debemos todas nuestras buenas obras á la humanidad santa de Dios, y sólo las realizamos por la virtud del Espíritu Santo. Mientras que, por ella, somos capaces de realizar grandes cosas en la tierra, por nuestra fuerza de voluntad, nuestras obras, nos sean ó no agradables, vuelven á la Santísima Trinidad.⁽¹⁾

Así, la manera de ver de la Edad Media es la misma que la que Santa Teresa resumió más tarde en estas palabras: «Todo en Jesucristo, Jesucristo es nuestro todo, todo bien está en Él, viene de Él, por Él y con Él.»⁽²⁾ Y así, realmente, fué compuesto con el espíritu de la Edad Media el cántico siguiente sobre las funciones de Cristo: «Cuando, sobre la cruz, Cristo nos dió la vida con su muerte, tomó en sus manos el triple cetro de su dominación, y colocó sobre su cabeza la corona del triple honor: de pie en su trono, era el Emperador que dominaba á todos los países; con la diadema de espinas y el vestido de púrpura, era el general que, habiendo arrancado al enemigo el precio de la victoria, nos ha dado la libertad; al verter su sangre para expiar nuestras faltas, desempeñó la misión de Obispo. ¡Emperador, general, obispo, toma á tu pueblo bajo tu protección!»⁽³⁾ De hecho, Jesucristo es aquí todo: Sumo Sacerdote, reconciliador, mediador, rey, legislador, juez, protector, dispensador de la gracia, jefe, soldado, libertador. Mas todo esto no era para ellos palabras vanas, ya que, cuando hablaban y oraban, no hacían más que expresar los sentimientos de que rebosaban sus corazones. Este

(1) Matilde de Magdeburgo, 7, 32.

(2) Teresa, *Vita*, Cap. 22.

(3) Rumeslant, 5, 5 (Hagen, III, 60. Wackernagel, II, 161, n. 283).